

anunciada en la Asamblea nacional el día 31 de agosto. En una comunicacion redactada por Robespierre (1) que en el citado día leyó ante la Asamblea el secretario-escibano de la *Commune*, Tallien, se consignaban las siguientes palabras: «Hemos detenido á los sacerdotes rebeldes y los hemos encarcelado en virtud de nuestro acuerdo (2): dentro de poco tiempo el suelo de la libertad estará purgado de su presencia.» Conforme con Marat en punto á estos asesinatos en masa, estuvo el hombre que en otro tiempo sostenia que la pena de muerte era el mas antinatural de todos los delitos contra la humanidad; pero no se contentó con los sacerdotes y los suizos, sino que en 1.º de setiembre exclamó en las Casas consistoriales: «¡Nadie se atreve á nombrar á los traidores! Pues bien, yo los nombro para la salvacion del pueblo: yo denuncio al asesino de la libertad, Brissot, á la faccion de la Gironda, al maldito comité de los 21 de la Asamblea nacional: yo les acuso de haber vendido la Francia á Brunswick y de haber recibido de antemano el precio de su infamia (3).»

En la mañana del 2 de setiembre Manuel refirió al Consejo general de la *Commune* que Verdun, el último parapeto de Francia en el camino que conducia á Paris, habia sido atacado por los prusianos y que no podria sostenerse mucho tiempo. A propuesta suya, se acordó que todos los ciudadanos aptos para el servicio militar se reunieran en el Campo de Marte; que se disparara el cañon de alarma, se tocara por los tambores generala y á rebato por las campanas de todas las iglesias. La Asamblea nacional, en aras de la patria en peligro, revocó el acuerdo que acababa de tomar contra la *Commune*. El autor de la proposicion que habia presentado Thuriot para salvar á la *Commune* era su íntimo amigo Danton, ministro de la Justicia (4), el cual se presentó ante la Asamblea nacional para arrastrarla en la corriente de entusiasmo patriótico á fin de que nada viese ni oyera de los abusos que se intentaban al grito de «¡La patria está en peligro!» «Todo tiembla, exclamó el coloso con su voz estentórea, todo retumba, todo arde por luchar. El toque de rebato que pronto se oirá no es una señal de alarma, sino el ataque contra los enemigos de la patria: para derrotarlos es preciso ser temerario, no mas que ser temerario, y la patria está salvada.» Despues de esto corrió al Campo de Marte para enardecer á los voluntarios, y en aquella misma hora los bandidos marseleses se arrojaron en las cárceles sobre sus indefensas víctimas.

La direccion de aquella obra sangrienta estuvo confiada á la comision de vigilancia que Paris habia formado recientemente, asociándose con los ciudadanos Marat, Lefant, Guermeur, Leclerc, Duffort y Desforgues (5). Por orden de estos

te, en nueve cárceles, á 1,200 hombres, mujeres y niños, en medio de una ciudad inmensa, al lado de una Asamblea deliberante, á la faz de una guardia nacional compuesta de 50,000 hombres, sin que nadie pusiera coto á sus desmanes; el cuidado con que tres ó cuatro días antes de la matanza las autoridades y sobre todo la policia hicieron poner en libertad, sin juicio ni razon aparente, en todas las cárceles á un gran número de detenidos; la existencia de listas de presos formadas el 26 ó 27 de agosto y remitidas al alcalde de Paris, al ministro de Justicia y á los jefes de los asesinos, listas de las cuales existen todavia algunas; y por último los irrefragables documentos oficiales, como despachos, decretos, actas del Consejo general ó de las secciones, bonos, facturas, ordenanzas, recibos de títulos depositados en los archivos públicos, demuestran que la matanza fué ordenada, vigilada y pagada públicamente por la via administrativa.»

(1) Inserta por vez primera textualmente en Mortimer-Ternaux, tomo III, págs. 171-178.

(2) El acuerdo de la Asamblea decia precisamente lo contrario.

(3) Mortimer-Ternaux, III, pág. 205.

(4) Mortimer-Ternaux, III, pág. 208.

(5) Mortimer-Ternaux, III, págs. 215-216. Lo que sigue está tambien tomado de él (pág. 223).

comenzó la ejecucion á las dos de la tarde en el depósito de la Alcaldía, donde se encontraban presos veintidos sacerdotes que se habian negado á prestar juramento ó que se habian retractado de él, y entre los cuales se encontraba el padre Sicard, conocido por «el padre de los sordo-mudos.»

Un grupo de marseleses uniformados se arrojó sobre los presos y les arrastró hasta el patio, donde se les notificó que iban á ser trasladados á la Abadía. Encerróseles en cuatro coches y se dió orden á los cocheros, bajo pena de la vida, de que marcharan lo mas despacio posible. A los que iban dentro se les dijo que no llegarían vivos al sitio de su destino, pues nada podria librarles de la venganza del pueblo. Durante el trayecto, que con inusitada calma se hizo por el muelle, por el Puente Nuevo y por la calle del Delfin, los marseleses, con el sable desenvainado, gritaban al pueblo: «Mirad esa gente; son vuestros enemigos, los cómplices de los traidores de Verdun, y solo esperan la marcha de vuestros defensores para asesinar á vuestras esposas y á vuestros hijos.» Y diciendo esto ofrecían á los circunstantes sus sables y sus picas para que representaran una sangrienta escena de venganza popular y de justicia callejera; pero el pueblo no tocó las armas ni á ninguna de las víctimas; los asesinos pagados tuvieron que dar ellos mismos el ejemplo, como en efecto lo dieron hiriendo con sus sables á los indefensos, á pesar de lo cual el pueblo no les secundó; de suerte que tuvieron que ser ellos solos los que en el patio de la Abadía consumaran tal hazaña.

Todos los sacerdotes, incluso el padre Sicard y otros dos curas párrocos, sucumbieron. Desde la Abadía se dirigieron los asesinos á los Carmelitas, en donde estaban encerrados los prelados que se habian negado á jurar, entre ellos el arzobispo de Arlés, el obispo de Saintes y su hermano el obispo de Beauvais. En dos horas fueron asesinados mas de cien sacerdotes. De allí volvió aquella turba, cubierta de sangre y de polvo y embriagada por el vino y el deseo de matar, á la Abadía, para asesinar á treinta sacerdotes que antes habian sido respetados.

Despues de los sacerdotes, tocó el turno á los suizos y guardias reales que habian sido presos el 10 de agosto y que estaban encerrados en la cárcel de la calle de Santa Margarita (6). Estos fueron conducidos en masa ante un «tribunal popular» presidido por Maillard, y entregados á los asesinos despues de pronunciada la fórmula *á la Force*. Allí fueron asesinados tambien el ex-ministro Montmorin y el primer camarero de Luis XVI, Thierry de Ville d'Avray. Asi transcurrieron la tarde y la noche del 2 de setiembre, entre escenas de crueldad y horror. La Asamblea nacional dormia, por decirlo así, á pierna suelta: el ministro Danton celebraba un banquete con Desmoulins, Fabre d'Englantine y sus mujeres; el ministro Roland y el alcalde Petion, poco seguros de sus propias vidas, no se atrevían á mostrarse ni á moverse: solo la *Commune* y su comision de asesinatos estaban en actividad y trabajaban con todas sus fuerzas reunidas.

Panis y Sergent citan una orden escrita salida del comité de vigilancia que decia así: «En nombre del pueblo, compañeros, se os invita á que juzgueis, sin distincion alguna, á todos los presos de la Abadía (7).» Por Manuel, el procurador síndico de la *Commune*, sabemos que en la calle de

(6) De estos sucesos ha hecho una conmovedora descripcion el capitán Journiac de Saint-Méard en su: *Mon agonie de trente-huit heures. Hist. parl.*, XVIII. Doscientos cuarenta y seis suizos asesinados en el palacio de Borbon habian sido incorporados al ejército en virtud de un decreto de 20 de agosto. Véase Gonzenbach: *El 10 de agosto de 1792, con relacion especial á la conducta del regimiento de guardias suizas*. Berna, 1866.

(7) Luis Blanc, VIII, págs. 163-164.



La guardia nacional de Paris emprendiendo la marcha para la frontera en Setiembre de 1792

Santa Margarita arengó á los asesinos, aconsejándoles que guardaran aquellas apariencias de procedimiento judicial que darian carácter mas revolucionario á la matanza. Billaud Varennes, su sustituto, nos refiere que en el patio de la Abadía dijo á los *trabajadores* «que no tenían necesidad de robar á los infames aristócratas, porque se les pagaría religiosamente lo que se había estipulado (1).»

También corrió á torrentes la sangre, día y noche, en las prisiones de la Conserjería y del Chatelet; lo propio aconteció en la Force, donde se relevaron en el cargo de presidente Hebert y Rossignol, y donde, entre otros, fué asesinada en 3 de setiembre la infeliz princesa de Lamballe. Su cadáver desnudo fué cruelmente mutilado y su cabeza clavada en una pica y de este modo llevada al Temple para enseñársela á la reina. También se ejecutó una terrible matanza en las personas de los condenados á presidio que se encontraban en la torre de San Bernardo (2), y de los cuales perecieron setenta y dos

el día 3 de setiembre. Pero donde revistió la carnicería mas horribles caracteres fué en la cárcel-hospital de Bicêtre, donde durante los días 3 y 4 de setiembre fueron asesinados, además de un sinnúmero de adultos, cuarenta y tres niños de 13 á 17 años de edad, allí encerrados por sus padres ó por sus amos para que se corrigieran de sus vicios (3). Las crueldades que produjeron la sed de sangre y los apetitos carnales en la cárcel de mujeres de la *Salpetriere* no son para descritas.

En la tarde del día 3 de setiembre la comision de vigilancia envió á los departamentos una circular impresa, en la cual se decia: «La *Commune* de Paris se apresura á poner en conocimiento de sus hermanos de todos los departamentos que una parte de los salvajes conspiradores encerrados en las cárceles ha sido muerta por el pueblo: actos de justicia que le parecieron indispensables para que en el momento en que fuera preciso marchar contra el enemigo, el terror contuviera

Facsimile de las firmas de Roland, Clavière, Monge, Danton y Le Brun.—De un documento fechado en 17 de agosto de 1792

á los traidores que se quedaran en las ciudades. Sin duda la nacion entera, despues de la larga série de traiciones que la han llevado al borde del precipicio, se apresurará á aceptar este medio tan necesario para el público bienestar y todos los franceses exclamarán como los parisienses: «Marchamos contra el enemigo, pero no dejamos á nuestra espalda ningun bandido que pueda estrangular á nuestras mujeres y á nuestros hijos.»

Firmaban esta circular, fechada en Paris, á 3 de setiembre de 1792, como «administradores de la salvacion pública» y administradores adjuntos, Duplain, Panis, Sergent, Lenfant, Jourdeuil, Marat, el amigo del pueblo, Desforgues, Duffret, individuos de la comision de vigilancia constituida en la *Commune*, en la sesion de la Alcaldía (4).

Esta circular se remitió á los departamentos con el sello del ministerio de Justicia y la contraseña del ministro, es decir, en forma de documento oficial, y ocasionó matanzas análogas en Meaux, Reims, Couches, Lyon y Versalles (5).

El día 4 de setiembre se despidió á los verdugos, cada uno de los cuales recibió de diez á veinticuatro libras: así lo demuestran sus recibos (*reçu comptant*), de los cuales se conservaron veinticuatro en la prefectura de policia hasta que los destruyó el incendio de 1871. Todos tenían la fecha

de 4 de setiembre y estaban extendidos por la comision civil de la seccion de las «Cuatro Naciones» ó de la «Unidad», que celebraba sus sesiones en el antiguo refectorio de la Abadía. Todos estaban firmados por los comisarios Delacoté y Prevost, como puede verse por el que reproducimos (6).

El número de todos estos *trabajadores* asalariados que penetraron en todas las cárceles era de 187 (7) y el de sus víctimas ascendió á mil y algunos centenares (8). Nada se sabe acerca de las ventajas que esta matanza horrible reportó al pretendido objeto de la defensa de la patria; pero es indudable que sirvió para los fines verdaderos que con ella se trataban de conseguir, que eran «amedrentar á los realistas», como dijo Danton. Así lo demostró el curso de las elecciones de delegados para la Convencion que tuvieron efecto en Paris, y con las cuales coincidieron, y no casualmente, los asesinatos ejecutados en las cárceles.

Este era el campo que, como cosa propia, cultivaba Robespierre, mientras los maratistas con sus asesinos cuidaban de ilustrar la opinion pública de los electores acerca de su verdadera salvacion. Desde el 27 de agosto le vemos ocupado en poner en planta un procedimiento electoral que necesitaba todavía de la intimidacion por medio de una matanza para que estuviera exclusivamente en sus manos el nombramiento de delegados por la ciudad de Paris. La seccion de

(1) Mortimer-Ternaux, III, pág. 239. Acerca de la participacion especial de cada uno en tales horrores, véanse los detalles que da Granier de Cassagnac, II, pág. 37.

(2) Mortimer-Ternaux, III, pág. 273.

(3) Mortimer-Ternaux, III, págs. 295-296.

(4) El texto se encuentra en Mortimer-Ternaux, III, pág. 308.

(5) Mortimer-Ternaux, III, págs. 32-392.

(6) Tomado de Granier de Cassagnac: *Histoire des Girondins et des massacres de Septembre*.

(7) Véase la lista de los que conocemos en Granier de Cassagnac, tomo II, págs. 502-516.

(8) Sybel, I, pág. 523.

las Picas, á la que pertenecía desde que estuvo escondido en casa del ebanista Duplay (1), acordó, á propuesta suya, «que en principio todos los representantes del pueblo debían ser directamente elegidos por el pueblo, es decir, en las asambleas primarias, y que solo en atención á la gravedad de las circunstancias podía aceptarse el sistema de proceder á la elección indirecta de los delegados para la Convención por medio de asambleas de electores. Para obviar las dificultades que á este sistema iban anejas, los electores darían

sus votos en alta voz y en presencia del público, y para hacer eficaz esta última disposición se reunirían en la sala de los jacobinos y los delegados por ellos elegidos serían sometidos á un examen delante de las secciones, reunidas en asamblea primaria, de manera que la mayoría de esta pudiera rechazar á aquellos á quienes considerara indignos de la confianza del pueblo (2).»

Mientras Robespierre se encontró en la oposición, pudo defender la libertad absoluta y el ejercicio ilimitado de los



Federico Guillermo II de Prusia. — Copia del retrato hecho por A. Graff en Dresde (1792)

derechos del hombre y del ciudadano en el sentido de la ley de 26 de agosto de 1789, sin que nunca sus palabras estuvieran en contradicción con sus actos. A esto debía precisamente su fama de hombre de inquebrantable consecuencia. Pero en virtud de una ley natural que ejerce en el mundo político una influencia tan incontestable como la tiene en el mundo físico la ley de la gravedad, su conducta cambió desde el momento en que fué miembro de un cuerpo gobernante y en que llegó al gobierno como hombre de Estado. La libertad que para él y para los suyos reclamaba significaba la esclavitud de todos los que no figuraban en este número: el ejercicio de los derechos del hombre y del ciudadano

(1) Véase más arriba.

equivale, para los jacobinos, á privar de estos derechos á los que no eran de su partido; y la soberanía del pueblo se convirtió en un ilimitado despotismo de un solo partido que en nombre del pueblo pisoteaba todos los derechos que á este correspondían. La *Commune* del 10 de agosto, á la que perteneció Robespierre en cuanto se hubo decidido la victoria por ella, no había sido elegida por el pueblo, ni este la había concedido atribuciones ni poderes: ella misma se había elegido y se había instituido: ella misma se había apoderado, por medio del asesinato y de la violencia, de las sillas curules de las Casas consistoriales, y desde las primeras horas de su gobierno su conducta fué un conjunto de contradicciones,

(2) Mortimer-Ternaux, IV, págs. 33-34.



La princesa de Lamballe